

A. Gascón  
Blasco Ibáñez y el cine  
(*La Pantalla*, nº 6, 3-2-1928, p. 83)

La muerte del maestro insigne —triste acontecimiento que ha conmovido al mundo entero— pone de actualidad cuanto con el popularísimo novelista se relaciona.

Miles de biografías y de reproducciones fotográficas han aparecido ahora en la prensa de todo el orbe; se han recordado viejas anécdotas, se han hecho innúmeros comentarios y se han entonado líricas oraciones fúnebres.

Los lectores del escritor universal están de luto, pero no menos han sentido esta muerte los millones de aficionados al «cinema».

Blasco era, entre el grupo de los novelistas a quienes acariciaba la fama mundial, el que mejor había comprendido el cinematógrafo, concediendo a este arte, no solo la beligerancia que sus compañeros de letras a veces le han negado, sino el interés que en realidad se merece.

Aquí está la actitud agria de Wells, al arremeter furiosamente contra *Metrópolis*, en un artículo en que nos demostraba, no solo que esa película no había sido de su agrado por defectos marcadísimos, sino que el cinematógrafo no contaba con las difíciles simpatías del contrincante de Bernard Shaw.

Blasco Ibáñez fue de opinión contraria a la de sus compañeros en la aristocracia internacional de las letras. Y es más de aplaudir y de reconocer esta actitud, cuanto que ese interés por el arte mudo, si no del todo desinteresado, no se produjo en él últimamente, cuando ya el «cine» ha comenzado a adquirir cierta simpatía en los medios intelectuales, sino que comenzó hace diez años, en los tiempos en que el arte de la pantalla era considerado como algo innoble hasta por el último gacetillero.

No solo se limitó Blasco a autorizar la «filmación» de sus novelas, sino que también, para estímulo de nosotros, los pobres comentaristas cinematográficos, su pluma se ocupó en diversas ocasiones de escribir artículos sobre temas relacionados con el séptimo arte.

Aún hay más: una de sus novelas no es más que el *escenario* frustrado de una película. Hace seis o siete años, una empresa editora de Norteamérica le encomendó que hiciera un argumento original para un *film*. Blasco aceptó muy gustoso el encargo y, tras las semanas de titubeo en la elección de asunto, creyó al fin haber encontrado uno lo suficientemente original para que la película fuese algo extraordinario y nuevo. Y entonces, ya la pluma, manejada por la mano fuerte y musculosa, corrió veloz y loca sobre la albura

de las cuartillas. Cuando el *escenario* estuvo concluido, una desilusión esperaba al maestro. La casa productora norteamericana no podía aprovechar la labor de Blasco Ibáñez; no había forma de filmar aquel argumento. La técnica cinematográfica era aún muy pobre, junto a la exuberante imaginación del maestro. El «cine» no había crecido lo suficiente para seguir la fantasía de «Mr. Ibáñez».

Blasco hubo de resignarse. Corrigió el argumento de aquella película frustrada, pulió el estilo y mandó las cuartillas a la imprenta. A los pocos meses aparecía su novela *El paraíso de las mujeres* considerada como una de sus obras más flojas, si no se tiene en cuenta que no fue concebida como producción novelesca, sino cinematográfica.

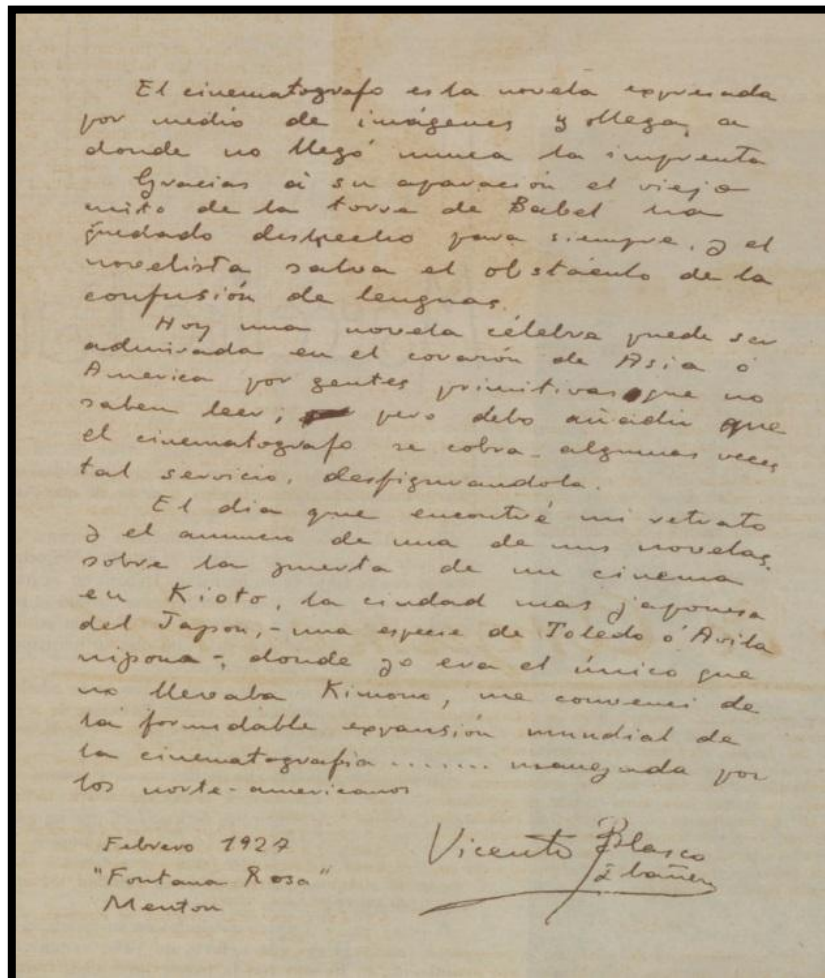
Pero Blasco con ello nos demostró ser un vidente, un hombre que presentía la futura técnica del «cinema». En estos últimos seis o siete años ha progresado tanto que ya casi sería posible llevar a la pantalla aquella fantasía del novelista valenciano. Y, desde luego, no transcurrirá mucho tiempo sin que podamos admirar cosas que entonces nos parecían aún más difíciles.

Siete de las novelas de Blasco han sido llevadas a las cintas de celuloide. La primera fue *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, la obra que universalizó su fama; adaptada por June Mathis y dirigida por Rex Ingram, fue interpretada por Alice Terry y por Rodolfo Valentino, quien, con su creación del tipo de Julio Desnoyers, el nieto del centauro Madariaga, comenzó la adquisición de su celebridad, que, a nuestro juicio, le fue prodigada en grado excesivo.

Siguió *Sangre y arena*, interpretada también por Valentino y por Nita Naldi y Lila Lee. Esta cinta no ha sido proyectada en España. Nos han contado de ella cosas muy pintorescas, que disgustaron mucho a Blasco Ibáñez. A lo que parece, convirtieron el asunto, ya de por sí un poquito de pandereta, en la más burda y grosera *espagnolade*. El director se hartó de acumular tonterías y Valentino de hacerlas. Luego, claro está, no se han atrevido a proyectar la cinta en España, temerosos, con razón, de una catástrofe, que perjudicase, además, a las otras películas de la misma marca.

A continuación, *Los enemigos de la mujer*, adaptación bastante deficiente y desgraciada. *Mare Nostrum*, dirigida por Rex Ingram e interpretada por su esposa Alice Terry y por nuestro compatriota Antonio Moreno, a quien vimos, va a hacer un año, en la pantalla de aquí, realizar una óptima labor en el *rôle* de capitán Ferragut. *Circe*, por Mae Murray, y *El torrente*, por Greta Garbo y Ricardo Cortez. Y, por último, forma parte del material anunciado para la presente temporada, y suponemos que no ha de tardar en estrenarse, la versión cinematográfica de *La tierra de todos*.

La mayoría del resto de las obras de Blasco Ibáñez han sido objeto de proyectos de films, que, sin duda, acabarán por realizarse. Hemos leído el pensamiento de adaptar al «cine» *La catedral*, *Cañas y barro*, *La barraca*, *Flor de mayo*...



El cinematógrafo encajaba muy bien en el temperamento y en las circunstancias de Blasco. Hombre despreciador del estilo, pero enamorado de sus asuntos, de sus imágenes y de sus ideas, no era de esos escritores que idolatran sus propias palabras. El idioma para él era un medio, acaso un poco estrecho pero jamás un fin. Por eso sus novelas fueron tan fácilmente universales. Y por eso, también, acogió al cinematógrafo con la alegría que se dispensa a un liberador: gozosamente lo expresa en el autógrafo junto con su opinión sobre el «cine»: «gracias a su aparición, el viejo mito de la torre de Babel ha quedado deshecho para siempre».

Blasco Ibáñez tenía amistad con muchos de los «peliculeros» norteamericanos. Con Rex Ingram, especialmente. Nacieron esas amistades

durante su estancia en los Estados Unidos, a raíz del éxito allí alcanzado por la traducción de *Los cuatro jinetes*. Después, cuando venían a Europa para filmar algunas escenas de sus obras, Blasco alojaba en su villa al director y a los intérpretes. Todos ellos habrán sentido, tanto como lloramos nosotros, la desaparición del glorioso novelista, a quien ha sorprendido la muerte cuando se ocupaba en la patriótica labor de escribir una serie de obras que, sobre las páginas impresas primero y a través del celuloide después, expandieran por todo el mundo una leyenda más justa y veraz sobre la historia de España.